

dos, comprensión, lealtad, libertad, amor, alegría pero, a pesar de nuestros esfuerzos, no los encontraremos fuera de la familia.

La familia es para nuestro autor, el lugar en el que la persona puede darse a los demás, y es así precisamente como el hombre encuentra la felicidad. En la familia el hombre puede ser realmente libre; allí mandar significa servir y cuando llega la hora de sufrir no falta la alegría. De modo que en la familia se resuelven las paradojas de la vida humana. Desvela el misterio del hombre, el que Dios haya creado al hombre varón y mujer. También esclarece el misterio del ser de Dios, porque el calor del hogar nos ayuda a ver que a Dios —que es Trinidad de Personas— no le falta ese calor. La gran herejía de los tiempos modernos —continúa Chesterton— es negar a Dios Padre «de quien toma su nombre toda familia en los cielos y en la tierra» (Ef 3, 15). Ahora parece que los hombres sólo son capaces de concebir a ese Dios-Abuelo que Nietzsche describe: viejo, dulzón, pasivo, medio sordo y casi ciego.

Ayudar a solucionar la crisis de la familia supone primero comprender qué es y qué no es. Esto es lo que Chesterton intenta en sus escritos. No se puede aceptar lo que hay, afirmando que ha nacido una *nueva clase* de familia: «Ningún médico diagnostica una enfermedad diciendo que es un nuevo paso en el largo proceso de la evolución orgánica. Si lo hace, este médico contemplará al poco tiempo un hombre muerto, no una nueva clase de hombre».

La solución al problema de la familia no se resolverá sólo con leyes, aunque una legislación inteligente y adecuados programas sociales harían mucho bien. La solución está dentro de cada familia, en la mente y en el corazón de cada hombre y cada mujer. No puede ser de otro modo porque en la raíz de

cada crisis matrimonial y familiar está el problema de una persona.

Chesterton está lleno de comprensión por las limitaciones y pecados de los hombres pero también está lleno de esperanza en la inmensa capacidad de amor y entrega que alberga el corazón humano.

En cierta ocasión Ronald Knox dijo de Chesterton que tenía el don de iluminar lo ordinario. Efectivamente, a través de estas páginas puede apreciarse como capta el interés del lector con su estilo lúcido, su visión profunda de las cosas, sus intuiciones y su capacidad de argumentación siempre llena de humor.

Se cumple en esta obra lo que Juan Pablo II pedía al final de su Encíclica sobre la familia: «¡El futuro de la humanidad se fragua en la familia! Por consiguiente es indispensable y urgente que todo hombre de buena voluntad se esfuerce por salvar y promover los valores y exigencias de la familia» (*Familiaris consortio*, n. 86).

M^a D. Otero

Juan Luis LORDA, *Para ser cristiano*, Rialp, col. Patmos, Madrid 1991, 281 pp. 12,5 x 19.

El título del libro apunta claramente a su propósito y a su contenido: ofrecer al lector caminos por los que transitar hacia una existencia cristiana auténtica, animándole al mismo tiempo a experimentarlos.

En este sentido cabe destacar, en primer lugar, la agilidad con que el libro está escrito. Fruto del intenso trato del A. con estudiantes universitarios y de su continuada labor docente en diversas Facultades, esta obra tiene la lozanía propia de lo que nace espontáneamente, como hecha al compás de las

instancias que plantea la vida, como fruto del vivo y apasionante diálogo universitario. Algunas páginas parecen respuestas a interrogantes planteados; otras muchas parecen clara iniciativa del A., que intenta remachar algunos temas ya tratados en clase, o suscitar alguna cuestión nueva, como una interpelación que remueve y despierte, que abra horizontes.

Cabe destacar, en segundo lugar, el acierto en la elección de los 24 temas tratados. Se trata, en efecto, de temas claves en la vida y en el quehacer ascético del cristiano. Se encuentran agrupados en dos partes. La primera (pp. 29-156) está concebida como una exposición de la manera de adquirir las virtudes, «esas capacidades que permiten mejorar el obrar y llegar a amar a Dios sobre todas las cosas». Se estudian aquí cuestiones como «el sentido de la presencia de Dios», virtudes como «la fortaleza», «el desprendimiento», o «la alegría», y temas más generales como la naturaleza de la lucha ascética o el trabajo como camino de santificación. La segunda parte (pp. 157-281), titulada *Misterios*, trata especialmente de los medios ascéticos y de algunos de los rasgos de la vida de Jesucristo que un cristiano debe procurar imitar con especial empeño.

En el terreno y perspectiva elegidos por el A. —la teología práctica explicada sencilla y cordialmente a jóvenes universitarios— no hay mucho que inventar. En cierto sentido, se trata de un campo trillado, al que dedicaron muchas de sus páginas autores de tanta relevancia como Guardini o Knox. Tampoco ellos pretendieron la originalidad a toda costa. Y sin embargo, sí supieron enfocar la doctrina con aires nuevos, utilizar el lenguaje apropiado, como dicho a la medida del tiempo. Esto mismo ha intentado el profesor Lorda, y puede decirse que con notable acierto en muchas páginas.

En cualquier caso, el lector —sobre todo el joven universitario— puede sentir al A. siempre cercano, no sólo en el lenguaje, sino también en la comprensión, en el afecto, en el interés por las mismas cuestiones. «El médico y literato madrileño Gregorio Marañón —leemos en la p. 46—, escribió en sus ensayos literarios que el modo más humano de la virtud juvenil es la generosa inadaptación a todo lo imperfecto —que es casi toda la vida—; esto es, la rebeldía. La mente joven, que se está abriendo al conocimiento del mundo, tiene la capacidad de juzgar las cosas con una radicalidad que después de pierde. No se entiende entonces que las cosas no sean como deben ser y surge esa *generosa inadaptación* que es uno de los factores que dan a la juventud un encantador tinte de heroísmo».

El A. invita al lector a la vida ascética en nombre de esta misma «generosa inadaptación». También suave pero contundentemente serpea por el libro esta rebeldía ante lo imperfecto, ante el fatalismo con que tantas veces se acepta la mediocridad en la propia vida. Existe, en efecto, la convicción de que «la lucha ascética es una fuente de perenne juventud porque mantiene esa *generosa inadaptación ante lo imperfecto*» (p. 53).

No en vano convive el A. con numerosos estudiantes. Conoce con exactitud las objeciones que se suscitan con mayor insistencia en sus ambientes; conoce también las principales carencias doctrinales. Y responde a ellas. Así puede notarse, p.e., en el capítulo dedicado a explicar la Iglesia (pp. 245-258), a la naturaleza del pecado (pp. 206-220), o las dedicadas a describir la madurez cristiana (258-269).

Pero el A. no sólo dedica su tiempo a la enseñanza teológica a universitarios de diversas especialidades, sino que explica también Teología a estudiantes de Facultad Teológica. De ahí que, bajo la

aparente facilidad de estas páginas, se note también un conocimiento directo de los problemas teológicos. En estas páginas muestra que la labor de divulgación teológica en la forma que venimos comentando no debe estimarse por el profesor de teología como un trabajo menor.

L. F. Mateo-Seco

Luisa ORTEGA SÁNCHEZ, cmt., *Una catequesis de adultos: la escuela de la virtud, 1851-1854 (Enseñanza religiosa sistemática y sentido de misión)*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1988, 168 pp., 13,5 x 21.

Este libro es la publicación de la tesis de Licenciatura que su autora, Carmelita Misionera Teresiana, presentó en el Instituto Pontificio «Regina Mundi» de Roma en 1976. La fecha de su publicación coincide con el año de la Beatificación (24 de abril de 1988) del creador y fundador de esta denominada «Escuela de Virtud», el P. Francisco Palau Quer (1811-1872), carmelita teresiano.

Esta iniciativa apostólica, que duró sólo desde 1851 hasta 1854, ha sido muy estudiada dentro de las nacientes orientaciones sociológicas del tiempo. En este estudio, en cambio, se trata de analizarla desde el ángulo que juzgó fundamental la intención y propósito del P. Palau: la dimensión catequética en el sentido amplio en que la describe él: como trabajo misionero en orden a la educación de la persona humana en relación a su último fin. Ello no implica que a lo largo del estudio se sitúen los hechos en sus coordenadas históricas. La autora ha tenido acceso a fuentes inéditas, que da a este trabajo un valor especial.

La obra tiene seis capítulos y una larga introducción, en la que se hace

ver la actualidad de la Escuela de la Virtud. En el capítulo primero se aborda la Escuela de la Virtud en su momento histórico, para pasar, en los capítulos segundo y tercero a estudiar la génesis, organización y naturaleza de esta iniciativa apostólica. Los dos capítulos siguientes analizan el desarrollo de las sesiones y programas y el método de esta escuela. El capítulo sexto describe el cierre de la Escuela de la Virtud, ubicada en la Parroquia de San Agustín de Barcelona.

Esta *Escuela* fue clausurada por la autoridad gubernamental, acusada de ser escuela revolucionaria, etc. Este estudio «la sitúa como uno de los grandes esfuerzos catequísticos realizados en el siglo XIX y, por su atención y dedicación exclusiva a la clase adulta» (p. 35). Hoy día, en que la catequesis de adultos se considera como la «forma principal de catequesis», esta experiencia del siglo pasado puede ayudar a reflexionar sobre esta urgente tarea de la Iglesia.

J. Pujol

AA. VV., *Tratado de educación personalizada. 2. El concepto de persona*, Rialp, Madrid 1989, 293 pp., 14 x 21.

Esta obra corresponde al volumen segundo de un amplio tratado sobre la educación personalizada, dirigido por el conocido pedagogo Víctor García Hoz. El objetivo de este ambicioso proyecto es poner en manos de todas las personas interesadas en la educación las reflexiones y los trabajos que un numeroso equipo de autores está haciendo para fijar el sentido, alcance y orientaciones prácticas de una pedagogía de la persona. El tratado consta de tres grandes apartados: los fundamentos doctrinales y científicos de la educación personalizada; la práctica de la educación perso-